

HAY UNA PRINCESA ATRAPADA EN UNA TORRE...

FORTALEZA DE ESPINAS



T. KINGFISHER

NOVELA GANADORA DE LOS
PREMIOS HUGO Y LOCUS

...ÉSTA NO ES SU HISTORIA.

GRANTRAVESÍA



FORTALEZA
DE
ESPINAS

GRANTRAVESÍA

T. KINGFISHER

FORTALEZA
DE
ESPINAS

Traducción de Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

FORTALEZA DE ESPINAS

Título original: *Thornhedge*

© 2023, Ursula Vernon

Publicado según acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y Cornerstone Literary, Inc.

Traducción: Mercedes Guhl

Diseño de portada: Natasha MacKenzie

Imágenes de portada: Adobestock

Ilustración de Sapita en interiores: Ursula Vernon

D.R. © 2025, Editorial Océano, S.L.U.

C/ Calabria, 168-174 - Escalera B - Entlo. 2ª 08015

Barcelona, España

www.oceano.com

D.R. © 2025, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

Primera edición: 2025

ISBN: 979-13-990221-5-5

Depósito legal: B 19105-2025

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

El autor y la editorial no se responsabilizan del uso indebido de su contenido.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) o a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los derechos de autor, www.cempro.org.mx) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005981011025



CAPÍTULO 1

Al principio, el cerco de espinos había sido angustiosamente obvio. No había manera de disimular un seto con espinas cual hojas de espadas y tallos tan gruesos como un muslo humano. Un muro como ése despertaba la curiosidad, y con ella venían las hachas, y el hada no podía hacer nada para impedir que algunos de esos curiosos consiguieran entrar a la torre.

Sin embargo, con el paso del tiempo, las zarzas habían crecido alrededor de los bordes —zarzamoras y cardos y escaramujos, todos esos matorrales oportunistas—, y eso había suavizado los contornos del cerco de espinos, y le había dado cierta tranquilidad al hada. Príncipes vagabundos y pobres hijos menores habían aparecido, fascinados por las espinas, que obviamente estaban allí para ahuyentar a la gente. Pero al convertirse en un zarzal informe, todo el mundo había perdido el interés.

También ayudaba que la tierra alrededor de las espinas se había vuelto inhóspita. No era algo tan obvio como un desierto, pero los pozos se secaban al poco de cavarlos, y la lluvia se colaba por el suelo como si fuera de arena y no de tierra fértil. Eso también había sido obra del hada, aunque lamentaba haber tenido que llegar a ese extremo.

El hada tenía ese tinte verdoso oscuro del tallo de los hongos y la piel se le azulaba con las magulladuras, como la pulpa de los hongos. Su cara era ancha y semejante a la de una rana o un sapo, y sus cabellos parecían algas de río. No era bella ni malévola, como se supone que son muchos de los habitantes del mundo de las hadas y los duendes.

Más bien, lo suyo era la preocupación, y el cansancio que la aquejaba a menudo.

—¿Cómo lo saben? —se preguntó desanimada—. Todos los que la conocieron ya deberían estar muertos, ¡al igual que sus hijos! Sus *nietos* ya deben peinar canas también. ¿Cómo se acuerdan de que aquí solía haber una torre?

Le hablaba a una aguzanieves, una pajarita blanca, a la que le gustaba el césped corto y que sacudía la cola hacia arriba y hacia abajo con cada paso. Las aguzanieves no son tan listas como los grajos o los cuervos o las cornejas, pero al hada le caían bien. No se burlaban de ella, como harían los cuervos, ni andarían esparciendo chismes y consejas, como los grajos.

La aguzanieves se le acercó, meneando la cola hacia arriba y hacia abajo.

—Deben de estar contando cuentos sobre una princesa en una torre protegida por un cerco de espinos para mantener alejados a los príncipes —dijo el hada, ya sin esperanzas.

Se pasó las manos por los ojos. Sabía que sus párpados se estarían poniendo de un color azul medianoche por culpa de las lágrimas que a duras penas podía contener.

Nadie más la veía aparte de la pajarita, pero se pellizcó el puente de la nariz e inclinó la cabeza hacia atrás. Los viejos hábitos no la abandonaban.

—No puedo luchar contra las historias —susurró, y unas cuantas lágrimas, negras como la tinta, corrieron por su cara para ir a enredarse en su cabello.

Pero pasó el tiempo y tal vez los cuentos se contaban pocas veces. Menos hombres llegaban a la fortaleza de espinas armados con hachas. Las aguzanieves se fueron, pues preferían el campo abierto, y al hada le entristeció verlas partir. Llegaron los arrendajos a revolotear entre las espinas, llenando el aire con su griterío. Eran tímidos y se espantaban con facilidad, a pesar del escándalo que hacían. El hada reconoció en ellos cierta afinidad con su carácter, pues ella también se asustaba fácilmente.

A medida que los años transcurrían y los espinos se llenaban de las rosas de los escaramujos, su alma fue sintiendo cierto consuelo. A pesar de que en su corazón había piedras que nunca dejaban de girar una sobre otra, como las ruedas de un molino, en esos años en que no apareció ningún príncipe le resultaban menos pesadas.

Cuando oía el entrechocar de las hachas, le invadía el pavor. Se encogía entre las zarzas, tomando su forma de sapo, y pensaba, inmóvil: «¿Qué haré si se acercan más?».

Pero no llegaban a acercarse. Abrieron un camino a través del bosque, si bien dando un amplio rodeo alrededor de los espinos. La torre estaba construida sobre una colina rocosa. Era un buen lugar para un castillo, fácil de defender, pero no para hacer un camino. Los hombres de las hachas siguieron hacia el sur, en una larga curva sobre lo que en otras épocas habían sido campos surcados por el arado.

Durante mucho tiempo, el hada temió que el camino le trajera de nuevo príncipes e hijos menores, pero lo que llegó fueron viajeros y mercaderes. Ninguno parecía especialmente interesado en abrirse paso por el enorme zarzal, y tal vez ninguno se paró a pensar en qué tan grande sería el área cubierta por los espinos, ni tampoco si semejante maraña, tan tupida, ocultaría algo.

Observaba a los viajeros con interés, pues, salvo uno, eran los únicos rostros humanos que veía. Eran tan diferentes entre sí, ¡de tantas apariencias y colores! Del norte llegaban hombres rubios y de piel pálida, mientras que por el este lo hacían hombres más morenos, con hermosas armaduras y en cabalgaduras. Algunos aparecían en caravanas como la antigua familia real siervos y campesinos con sus rústicos trajes el pueblo errante en sus carromatos... una increíble muestra de la variedad humana, y se cruzaban unos con otros en el camino y asentían para saludarse, y a veces se detenían y conversaban en lenguas desconocidas.

(Uno de los pocos dones que hadas y duendes recibían y entregaban era la capacidad de hablar cualquier lengua del mundo. El hada podía entender lo que decían, pero a pesar de que las palabras le resultaban familiares, el resto no. No reconocía los nombres de las ciudades que mencionaban, ni los de reyes o califas, ni los detalles de los tributos y las leyes comerciales que estaban más allá de su comprensión.)

La marea de gente creció y creció, y se levantó un puesto comercial a unos cuantos kilómetros de allí. El hada podía ver el humo de su chimenea ascendiendo hacia el cielo. Entrelazó los dedos con fuerza y se acurrucó bajo el cerco de espinas para tratar de escapar del miedo que la carcomía.

—Que no vengan —suplicó, como si rezara. Le habían dicho que la gente del reino de las hadas no tenía alma, y muy seguramente eso también podía aplicarse a una criatura confundida que no era ni una cosa ni la otra. Pero, por si acaso, rezó—. Que no vengan por aquí. Que no sean capaces de despejar los espinos. No sé a cuántos podré repeler. *Por favor*, que no se acerquen. Hum... Amén.

Añadió la última palabra con cierta preocupación, sin saber si con eso sus ruegos se transformarían en oración o si debía hacer otra cosa. El capellán de la familia real había aceptado su presencia, pero esa tolerancia no había llegado al punto de enseñarle a rezar.

Tal vez algo o alguien escuchó sus oraciones. El flujo de personas se redujo hasta casi desaparecer. Los mercaderes dejaron de pasar. Vio hombres con unas grandes máscaras como de ave y ropa ajustada que despedía un cierto brillo por estar recubierta de cera. Andaban por ahí como garzas, como aves de presa, y el hada los rehuía, temerosa. Había algo en esas máscaras que los hacía asemejarse a los rostros de los ancianos del mundo de las hadas.

A pesar de eso, prefería a los hombres-ave en lugar de los gritones. Viajaban en grupos, medio desnudos y chillando cual animales. A veces, se iban azotando con cuerdas hechas con zarzas, y aullaban mientras la sangre corría, para luego soltar risotadas estruendosas. Apestaban a locura. Uno se acercó a la maraña de espinos y trató de meterse en ella, desgarrándose la piel, pero luego salió.

El hada, bajo su forma de sapo, aguardó hasta que llegaron las lluvias, y éstas volvieron a pasar antes de acercarse de nuevo a esa zona del cerco. Si la locura de los gritones era provocada por una infección, no quería correr el riesgo de contagiarse.

Pasó el tiempo, y ya no volvió a ver hombres-ave ni gritones. No había nadie. El camino se llenó de maleza.

El hada, que en un principio les había temido a los humanos, ahora los extrañaba. No a los gritones ni a los hombres-ave, sino a los otros, los que habían pasado por allí antes. Habían sido sus acompañantes en cierta forma, a pesar de que no sabían que ella estaba ahí.

Dormía y dormía cada vez más. Los arrendajos se robaban unos a otros los objetos brillantes que guardaban en sus nidos, pero no volvieron a encontrar ninguno nuevo.

Las estaciones se siguieron una a otra, y llegó el día en que oyó pisadas de cascos. Por el este venían hombres en sus gráciles caballos, cabalgando por el camino invadido por las hierbas. No tenían armadura. Con ellos venían dos hombres-ave, también en monturas, y avanzaban sin pausa, como si temieran algo.

Después de eso fue como si se hubieran abierto las compuertas. Desde el este llegaron torrentes de hombres y mujeres, y luego también por el oeste, a caballo y a pie, en carretas y carromatos. A veces viajaban con caballeros que llevaban estandartes con cruces rojas.

Cuando hablaban entre sí, ella distinguía palabras como «peste» y «tumbas» y «tantos muertos».

El hada se encogió sobre sí misma y lloró por los difuntos, pero, a pesar de eso, una voccecita insolente decía en su interior: «A lo mejor la historia de la torre morirá con ellos».

Era horrible alegrarse de que ciudades enteras hubieran fenecido. «Tiene que ser cierto», pensó el hada, desolada. «No debo de tener alma, puesto que me siento aliviada, aunque sea un poco». Y lloró todavía más, hasta que el suelo se tiñó de negro por sus lágrimas.

La maleza del camino fue pisoteada por los caminantes y, con el tiempo, el tráfico se hizo más normal. El estilo de las ropas que vestían cambió, y luego cambió de nuevo, y el pueblo errante llegó otra vez en sus carromatos, y pasó mucho mucho tiempo sin que nadie se aventurara en los espinos.

Fue muchos años después cuando un caballero llegó hasta el cerco de espinos, y se quedó allí, mirando hacia el interior. El hada se daba perfecta cuenta de cuando se aproximaban demasiado al seto, con una sensación semejante a la de un mosquito que se posara en su piel. Éste parecía que la hubiera picado, y se acercó a ver, primero bajo su forma de sapo y, luego, como mujer, buscando la fuente de la molestia.

Encontró una fogata y al caballero que acampaba allí, junto al fuego. Aún no era noche plena y el hombre estaba de espaldas a las llamas, mientras contemplaba los espinos.

Al hada no le gustó esa mirada. Dejaba entrever muchas otras cosas. El caballero estaba examinando la fortaleza de espinas y pensando en ella, y eso podría llevarlo a preguntarse qué había al otro lado.

«Vete», pensó ella. «Vete. Deja de mirar. No puede ser que sigan contando esos cuentos. Ha pasado tanto tiempo...».

Al final, él se volvió hacia la fogata. El hada se acercó más.

A juzgar por sus cosas y sus ropas, era un... ¿un sarraceno? ¿Así se llamaban? Ella no podía recordar bien la palabra. Pero era bien capaz de reconocer a un caballero sin importar su fe.

No era demasiado alto y su armadura se veía limpia, aunque bastante gastada por el uso. El caballo era bueno, pero la cincha se veía casi transparente de tanto restregarla. La cimitarra que pendía a su lado mostraba huecos vacíos en la empuñadura, donde en otro momento debía haber tenido piedras preciosas.

Todo eso componía una imagen de aristocracia venida a menos, una condición que el hada había llegado a asociar con los nobles más jóvenes. La luz de la fogata era suave y cálida, pero no conseguía despejar las sombras bajo los ojos, y la barba

bien recortada no alcanzaba a ocultar lo demacrado de sus mejillas. Y a pesar de todo, era muy probable que él fuera increíblemente rico en comparación con ella. Los sapos no le veían mayor utilidad al dinero, lo cual estaba muy bien, porque ella no tenía nada. Incluso en las épocas en las que había vivido en el castillo con otras personas, a nadie se le hubiera ocurrido que fuera necesario pagarle a un hada.

Por otro lado, ella podía alimentarse de gusanos y escarabajos, y dormir bajo una piedra, cosa que los humanos no eran capaces de hacer, así que, tal vez, al final eso equilibraba las cosas.

«Mañana en la mañana se irá», se dijo. «Está buscando un sitio para acampar que no le cueste dinero... eso es todo».

Cruzó los brazos y repitió: «Eso es todo».

El caballero levantó la cabeza y, por unos instantes, miró directamente al lugar donde ella se escondía.

Su primer impulso fue convertirse en sapo, pero eso hubiera implicado otro movimiento, por más pequeño que fuera: el de dejarse caer al suelo. Entonces, se quedó totalmente quieta, inmóvil, casi sin respirar.

El fuego chisporroteó. Él miró hacia otro lado.

El hada soltó el aire, muy despacio, por la boca.

«Cuando esté de espaldas, me haré sapo», se dijo. «Y me alejaré. No hace falta que vea nada más. Mañana se habrá ido».

Al rato, el hombre se dio la vuelta para ocuparse de su caballo, y ella se agachó hasta el suelo. La dura y verrugosa piel de sapo la envolvió, y se alejó saltando muy despacio.